

## VIII

## UN PASEO A JALAPA (1874).

RODEANDO hacia el norte, la extensa falda del Nauhcampatepetl ó Cofre, se sigue el camino que de los áridos llanos de Perote conduce á las seductoras florestas de Jalapa. Abandonados apenas aquellos campos, se penetra en el bosque poblado de corpulentos acocotes y de sus renuevos que brotan por todas partes en cantidad prodigiosa. Los terrenos, más y más quebrados, se suceden sin ofrecer al viajero, á primera vista, cosas notables y dignas de su atención; sino uno que otro pueblo de poca importancia y algunas ruinas de edificios que fueron en otros tiempos las oficinas de haciendas de labor. Ante esos muros derruidos que surgen entre matorrales, y en presencia de alguna cruz que entre éstos aparece como señal de algún siniestro acontecimiento, el ánimo del viajero adquiere la tristeza que naturalmente engendra la desolación impidiéndole contemplar las maravillas de la naturaleza y cree que bajo aquel rústico monumento reposa una víctima, que por bóveda sepulcral sólo tiene el frondoso follaje de los álamos y por oración fúnebre el ruido del viento que zumba entre la maleza. Únicamente piensa en la distancia que le falta que recorrer para llegar á las Vigas, población que se asienta en el ancho collado que en este lugar forma la cresta de la cordillera.

Desde esta población, el camino desciende hacia las costas de Veracruz, y la vista puede contemplar los más espléndidos y extensos panoramas. Véase primeramente la Hoya, pueblo pequeño cuyo caserío se levanta en el fondo de un profundo y estrecho valle, y cuya vegetación propia de las zonas templadas, se presenta extremadamente bella, revistiendo las faldas de las montañas. Desde la cuesta de San Miguel del Soldado, la vista descubre una bellísima y repentina hondonada con el suelo erizado de eminencias y surcado de barrancas.

Tan extensa, tan profunda es esta violenta depresión, que la vista confunde sus accidentes y apenas percibe débilmente el variado colorido que al suelo dan las plantas y las rocas. De la vertiente del Nauhcampatepetl se desprende una corriente de lava escoriácea que por todas partes forma colinas y profundísimas grietas: los intersticios, con el trascurso del tiempo, se han cubierto de tierra vegetal, de la cual han nacido plantas y aun árboles corpulentos, presentando en su conjunto esas masas de rocas y vegetales el aspecto más extraordinario. La corriente volcánica se dirige al E. y continúa sin interrupción hasta la costa, formando en el mar, según se cree, los arrecifes "Boquillas de piedra." El río Sedeño nace en la montaña del Cofre, al Poniente de Jalapa, pasa al Norte y se pierde bajo la lava en terrenos del *Paso del Toro*, continuando su curso subterráneo hasta el *Descabezadero*, cuatro leguas poco más ó menos de distancia, para brotar de nuevo, formando una cascada de 20 á 24 metros de altura. En este lugar da principio el río de Actopan, que continúa su curso hasta el mar, formando al desembocar la barra de Chachalacas. El fondo de esta cañada es todo de lava roja y arena, constitución física de que proviene la circunstancia que paso á indicar. Existen en Tlacolula unas horadaciones naturales y verticales, por cuyo fondo corre el agua del río sin obstáculo alguno; pero en tiempo de lluvias, no siendo suficiente la cavidad interior para contener el agua de las fuertes crecientes, brota aquélla al exterior por dichas horadaciones y establece su curso por la superficie, de manera que en varios lugares se establecen dos corrientes sobrepuestas. Varios arrollos y ríos se reúnen antes del Descabezadero y ocultan igualmente su corriente por la extremada porosidad del terreno.

El camino de Jalapa ofrece todos los encan-

tos de una naturaleza lozana y los más espléndidos paisajes. Las feraces comarcas de la tierra caliente se extienden á lo lejos revestidas de su brillante vegetación tropical, y las montañas y colinas se suceden determinando el carácter agreste del país. La extensa cañada de Actopan se presenta en lontananza con su aspecto sombrío, á causa de la distancia, y en vano la vista se esfuerza por escudriñar el fondo de aquel abismo.

La circunstancia que paso á indicar me impide no sólo describir, ni aún enumerar tantas bellezas naturales como las que en esos lugares sorprenden al viajero continuamente.

Al descender durante mi excursión la cues-

albergarse en las profundas grietas de las rocas, y en vano buscaba yo afanosamente algún lugar que me diese seguro asilo contra el deshecho temporal.

Arboles corpulentos se doblegaban á impulsos del huracán, cediendo muchas veces al irresistible poder del desencadenado elemento, y al dividirse sus añosos leños crugían fuertemente cual si lanzaran gemidos los gigantes de la selva. Nada en su caída los detenía y al desgajarse tronchaban y derribaban con estruendo otros árboles cercanos. El estampido del rayo, la repercusión en las montañas de su estridente sonido, el movimiento ondulante del follaje agitado por el aire, los rugidos del viento, y el agua que en cataratas se desprendía



VISTA DE JALAPA.

a de San Miguel, densos nubarrones amenazaban verter el agua á torrentes, obligándome á apresurar la marcha é impidiéndome contemplar los bellos paisajes que por todas partes se presentaban á mi vista. El que no ha presenciado una tormenta en el corazón de una sierra, no puede concebir ni la más ligera idea de un espectáculo tan sublime como imponente, espectáculo que domina el ánimo aterrorizado y acaba por inspirarle la más profunda admiración. Los nimbus, de siniestro y sombrío aspecto, avanzaban por las altas regiones atmosféricas, con movimiento rápido y vertiginoso, ocultando el cielo poco antes despejado. Los relámpagos y los truenos se sucedían como precursores de la tempestad; espantadas las aves volaban precipitadamente para

de las nubes inundado el suelo y corriendo precipitadamente en encontradas direcciones por los pliegues y quiebras de la montaña, todo se combinaba allí para hacer más imponente el fragor de la tempestad.

Pasada la tormenta, cesó mi natural pavor y pude contemplar una atmósfera límpida y trasparente que coloraba de un bellissimo azul el cielo, y me permitía distinguir netamente el relieve de las montañas lejanas con su fresca y brillante vegetación. Los impetuosos torrentes disminuían lentamente su caudaloso volumen, convirtiéndose luego en delgados hilos de cristal. Las bellísimas frases musicales de la Pastoral de Beethoven no reconocen ciertamente otra fuente de inspiración que esos sublimes espectáculos de la naturaleza.

\* \* \*

Asentada sobre la ancha falda del Macuiltepec y en pintoresca y poética posición, se descubre de improviso la bella Jalapa, que por sus bosques y jardines se presenta como un rico verjel, en medio de las selvas veracruzanas.

Los azahares y liquidámbar (*styraciflua*) impregnan el ambiente con sus gratísimos aromas, que á cada momento se renuevan, conducidos de los bosques á la población por las ráfagas del viento.

Antes de penetrar en tan bella mansión, que algún poeta ha llamado nido de palomas, permítaseme dar una ligera idea de las impresiones que se reciben al contemplar desde la cumbre del Macuiltepec, los más pintorescos paisajes.



CALLE DE JALAPA.

Distínguese por el Norte el cónico cerro de la Magdalena y la sierra de Chiconquiaco, cuyos primeros escalones se forman por las altas y sucesivas lomas de la Banderilla y de la hacienda Lúcas Martín; al Poniente, los cerros de San Salvador y Molino de San Andrés; al Sudoeste, el Nahcampaepetl, elevada montaña coronada por el precioso Cofre, monolito de pórvido, y cuyas escalonadas eminencias, engalanadas con la más exuberante vegetación, ofrecen distintos términos de una hermosa perspectiva. Al pie de la montaña se extiende el ameno paisaje que forman las florestas del bien poblado Molino de Pedreguera.

Si se dirige la vista en torno del horizonte se fija de preferencia en los hermosos panora-

mas que se desarrollan por el Sur, Este y Sureste. Hacia el primer rumbo, los ramales que se desprenden de la Sierra Madre, avanzan en sucesión gradual hacia las costas, distinguiéndose con claridad, enclavadas alternativamente, las colinas y cañadas opuestas, de tal suerte, que pueden seguirse con la vista las sinuosidades de las extensas barrancas que surcan el terreno. En el primer término de ese paisaje se extienden los feraces terrenos de Xico, Teocelo y Coatepec, y en el último la erguida y nevada cumbre del Citlaltepétl, en la que se aglomeran las nubes á semejanza de inmensas humaredas, que al robar al sol sus tintes rojos, presentan la montaña cual si se hallase agitada por una erupción desastrosa. Con la ausencia de las nubes desaparece tan ilusorio cuanto imponente espectáculo para dar lugar al real, frío y sereno aspecto de la montaña, que destaca su mole colosal y brillante ante su límpido cielo. A lo lejos apenas se dibuja la sierra de Huatusco, cuyo indeciso color se confunde con el azul blanquecino del cielo cerca del horizonte.

La feraz y hermosa cañada de Actopan, aparece á la simple mirada del observador como un insondable abismo, al Oriente del Macuiltepec, limitada al N. E. por la sierra de Chiconquiaco, que se levanta dominante, reflejando la luz del sol para hacer mayor su contraste con el sombrío aspecto que ofrece la profunda barranca.

Hacia el N. E. y salvando la cañada, se distingue el Salto y pueblo de Naolinco, que por la distancia aparece coronando los cantiles de la sierra.

Por último, deprimiéndose el terreno por el S. E., la vista puede dilatarse hasta el mar, término, por ese rumbo, del horizonte de Jalapa.

El hacinamiento de los edificios de esta ciudad en el inclinado plano que forma la falda del Macuiltepec, da á la población el bellissimo aspecto panorámico de todo lugar que tiene su asiento en un terreno extremadamente quebrado.

Los bosques de liquidámbar, de *jinicuiles* y de otras plantas aromáticas, constituyen las barreras naturales de la ciudad, formando, como el Monte de Pacho al Sur de ellos, sus más deliciosos paseos.

La población, en su interior, revela el buen gusto de sus habitantes.

Muchas de las casas son de dos pisos, y de buena apariencia las que limitan la calle prin-

nada notable revela en su arquitectura, conserva cierta armonía con el resto de los edificios. Un precioso jardín, con asientos y senderos de mármol y engalanado con bellísimas



PALACIO DE JALAPA.

cipal y la del Calvario, encontrándose en esta última el edificio del hermoso Casino, en donde periódicamente tiene sus tertulias la alta

plantas y flores, ocupa la parte central de la plaza, constituyendo un paseo de los mas agradables, particularmente en las noches de luna.

El cerrado bosque de Pacho al Sur de la ciudad, con sus árboles de liquidámbar, jinicuiles y muchas plantas de aromáticas flores, es uno de los sitios más pintorescos y amenos. Pocos lugares ofrecerán tantos encantos como la bellísima cañada que recorre el camino que de Jalapa conduce á Coatepec: aquí el liquidámbar ostenta su verde follaje más ó menos brillante, según esté ó no directamente iluminado por los rayos del sol ó tan sólo por la luz difusa, cubriendo por completo, casi con exclusión de otros árboles, cerros y colinas.

La festonada bóveda de verdura, bajo la cual avanza en su camino el viajero, intercepta los ardientes rayos del sol, conservando fresco y delicioso el ambiente. Algunas corrientes cristalinas se deslizan en la espesura del bosque, ocultándose unas veces entre los matorrales, y brotando otras de las hendeduras de las rocas. Los helechos, bajo la fresca sombra de los árboles, muestran en su rica variedad las más gallardas formas y, por último las aves interrumpen el silencio de la selva con su incesante gorjeo, y animan con su presencia aquella tan rica como risueña floresta.



IGLESIA DEL CALVARIO.

clase de la sociedad. La plaza principal, aunque pequeña, es hermosa y se halla limitada al Sur por el palacio del gobierno del Estado, y al N. E. por la catedral; edificio que, aunque